

EN LA REALIDAD Y SIN MITO

Manu: un símbolo peruano

La historia de Manu es algo más que la pintoresca anécdota de una ciudad que existía sólo en el papel, en el Presupuesto General de la República. Es todo un símbolo del país. Porque el infortunio de esta patria no es tanto ser de suyo compleja, por razones de la más variada índole (desde topográficas hasta históricas), sino principalmente el haber sido considerada por los muchos peruanos como una especie de cantera, de cuyos dones, grandes o pequeños, había que sacar provecho por cualquier medio. La nación ha tenido sentido para bastantes en cuanto constituía el centro de un convite, casi el manjar del cual uno se sirve para su placer y beneficio exclusivo. Está bien reírse de que existiera un pueblo con funcionarios oficiales, con maestra y jefe de correos, con partida para obras públicas y autoridades municipales, pero sin asiento ni población, sin realidad efectiva, en una palabra. Mas toda comedia, toda farsa, tiene un envés trágico. La tragedia en el caso mencionado emana de la verificación desconcertante de que el divorcio entre el país administrativo y el país real es más abisal de lo que uno podía imaginárselo.

Alguien alguna vez creó el Manu. Lima aceptó la existencia de aquella lejana ciudad selvática con la ligereza con que su espíritu burocrático y perezoso acoge las sugerencias influyentes, las presiones que ejerce el compromiso y la compadrería. Fuera o no fuera, nadie comprobó si la remota villa constituía tal, o simplemente se trataba de un campamento provisorio o una fuga reducción de pioneros. Subprefecto, alcalde, funcionarios recibieron sus nombramientos. Y durante aproximadamente medio siglo hubo gentes que asumieron dichos cargos y cobraron por ellos sin hallar dónde ejercerlos. No tuvieron jurisdicción, pero tuvieron sueldo. He ahí el aspecto triste de la historia. Es seguro que no habría habido nadie que acogiera la jurisdicción sin el sueldo. Entre la tarea y la remuneración, lo importante es lo segundo.

Hay que preguntarse seriamente cuál es el carácter ético de quien es objeto de una designación oficial como la de Subprefecto —que no el sólo, por cierto, la de convertirse en el cancerbero gobiernista de una zona provincial— y que, al dirigirse al punto señalado por ella, no la encuentra y se queda tan tranquilo, cobrando cumplidamente su sueldo. En 46 años no hubo un hombre capaz de retornar de su búsqueda y decir sencilla y llanamente, conforme el más elemental deber de honestidad, que Manu no existía, que era una mentira. ¿Por qué causas? Muy simples: siempre se ha creído que la patria sirve a cada uno, le procura una posición o un salario, un negocio o un privilegio, y no que a ella es a quien hay que servir, aun en desmedro personal. Y, de otra parte, porque priva el inmundo concepto de que se está ante una alternativa definitiva: se es zongo o se es vivo. Sólo un zongo —es la idea— desdeña una paga de 1260 soles, más regalías, sólo porque se es Subprefecto de una ciudad inexistente.

Por eso es simbólica la historia de Manu. El Presupuesto la consignaba, el Parlamento le acordaba ayuda económica, los escolares la recitaban en sus lecciones de geografía, figuraba en las estadísticas y había quienes, a propósito de ella, vivían a costa del Estado. ¿Cuántos Manus ha habido en el Perú? ¿Cuántos hay? Podríamos llamar en adelante Manu a todo lo que significa prebenda. Manus chicos y grandes. Manus son todos aquellos privilegios que permiten gozar a unos cuantos el esfuerzo del resto, que consienten en provecho egoísta bajo la apariencia de labores que no se ejercen, que constituyen el trozo de patria que algunos se engullen en la creencia de que estamos en un banquete donde cada uno debe servirse cuanto puede. En fin, ese nombre deberían llevar en lo sucesivo las usurpaciones y los abusos con el caudal y la función públicos, si es que, por no extender la acepción de dicho nombre, no se denomina Manu a todo lo que separa el país burocrático, oficinesco, de papeleo e intriga, del país efectivo, un pueblo que resignadamente espera que, algún día, alguien que lo represente verdaderamente lo gobierne.

Publicado en *La Prensa*, 25 de agosto de 1959, p. 10.

Otro atentado en el Cuzco

Con pocas pero decididas palabras se ha anunciado que dentro de dos meses será demolida la casa del Inca Garcilaso, reliquia histórica y arquitectónica del Cuzco. Lo curioso, y ciertamente ambiguo de la noticia, aparecida ayer en un matutino local, es que en ella se afirma que tal destrucción se llevará a cabo con el fin de “dar comienzo a la reconstrucción del inmueble en el que nació él cronista, indio...”. A todas luces, a juzgar por lo que se desprende de la escueta información, se trata de un atentado más contra la unidad de estilo de la antigua capital quechua, tema sobre el cual hemos venido insistiendo en esta página desde hace ya bastante tiempo. Demoler para reconstruir es lisa y llanamente adulterar, en especial si, como en el caso que comentamos se advierte que el proyecto del nuevo edificio “se inspira en una genuina interpretación de los motivos que ornan dicha casa solariega, con portadas de tipo colonial y arquerías que armonizarán con el frontispicio del Hotel de Turistas, al que corresponde su fachada, principal”. Lo que se va, a hacer es, pues, levantar en el área que hoy ocupa la auténtica casa natal del clásico peruano, una masa neocolonial, semejante a las que hoy infortunadamente circundan la Plaza de Armas de Lima, carente de toda sinceridad artística, falta de calidad plástica, y, sin duda, falsa porque es una burda imitación de la expresión arquitectónica del pasado.

Sabemos muy bien a qué se llama “una genuina interpretación”. En Lima, no sólo en el caso citado de la Plaza de Armas sino en muchos otros lugares, se ha aplicado el mismo lamentable principio. Con materiales propios de nuestro tiempo, con técnicos y procedimientos actuales, se ha hecho una parodia del barroco colonial. Algo que es prácticamente similar a la falsificación de cuadros. Si un pintor, al que se le ha encarnado la restauración de una tela antigua, destruye el lienzo primi-

tivo e imita luego sus características, se hace acreedor del más enérgico rechazo. Nadie quiere tener ante sí una obra moderna, con aspecto pretérito, pues ello es pasar voluntaria y conscientemente por tonto. Pero esto que es tan obvio en lo que respecta al arte pictórico, es entre nosotros más que oscuro con relación a la arquitectura. El arte es expresión de un espíritu, de una sociedad, de una época y la manifiesta cabalmente. La arquitectura es precisamente el arte que con más fuerza trasunta los móviles que animan a una comunidad, y una construcción que constituye una mueca mímica de lo que antes fue un ademán con grandeza, es prueba palpable de que los que la han hecho carecen de una emoción legítima y, por ende, perdurable. “Fabricar” una casa de Garcilaso no tiene objeto. Es, más bien, testimonio de nuestra impotencia expresiva, y significa, en pocas palabras, que queremos cubrir con substitutos sin valor lo que no supimos conservar como heredad inviolable.

El Cuzco es una dramática muestra de la despreocupación que prevalece en el Perú por todo aquello que representa la raíz más honda y permanente de nuestro ser. Lentamente, a vista y paciencia de los propios cuzqueños, y a veces por desgracia con su complicidad, están cayendo bajo la pica demoledora que blanden los intereses creados muchos de los monumentos característicos de la ciudad. No son sólo los sismos y las catástrofes los que amenazan la bella ciudad imperial, sino también el mal gusto de muchos arquitectos que parecen no tener la más elemental noción de lo que diferencia lo auténtico y lo falsificado. Ahí están el nuevo Palacio de Justicia, el Cine Cuzco, el Hotel de Turistas, etc., como documentos concretos de que se está mezclando sin la menor responsabilidad la verdad y la mentira, a tal punto que es fácil prever que dentro de algunos años quedará muy poco de todo lo que dio fama y prestigio internacionales a la cabeza del imperio incaico. El Plan Piloto, una obra tan seria y respetuosa del legado histórico, contempla la existencia de una zona que debe ser considerada invariable, por ser la que encierra las creaciones artísticas dignas de ser conservadas. Sin embargo, dicho plan ha sido echado al olvido debido, en primer término, a la influencia de quienes ponen sus intereses inmediatos y personales por encima de los eternos y nacionales.

Si la casa de Garcilaso se halla en mal estado, es necesario restaurarla convenientemente, de la misma manera que lo fueron la iglesia de Belén y la Catedral. Lo absurdo es echarla abajo y construir una que la reproduzca, por más que ello se haga bajo la promesa de “una genuina interpretación”. Hay en el Cuzco artesanos que trabajan la piedra con la

técnica tradicional, hay operarios que tallan o forjan la madera o el hierro con los mismos métodos que hace cientos de años. No se explica uno por qué se va a recurrir al cemento armado —para lo cual hay que arrasar con la reliquia y abrir cimientos profundos en la tierra— y por qué toda la ornamentación se va a falsificar mediante sistemas modernos que no corresponden a las formas del barroco, típicas de un tiempo y de unos hombres que no son los de hoy. Es de esperar que el Municipio y la Junta de Reconstrucción, que han de emitir su dictamen sobre el proyecto de la casa de Garcilaso, no den aprobación a este nuevo atentado. De otro modo, no habrá sino que aceptar esa idea que cada día se hace más nítida en el pensamiento de los que aman el verdadero patrimonio del pasado nacional: el Perú no merece el Cuzco, es decir, no merece su historia. ¿Será esto cierto?

Publicado en *La Prensa*, 6 de julio de 1954, p. 8.

Son, ante todo, niños

A veces, ante ciertas noticias o ante la directa contemplación de ciertos fenómenos callejeros —como ese de la mendicidad infantil organizada en bandas que campean en determinado sector de la ciudad—, Lima se nos revela como el Londres que retratará Charles Dickens, el gran novelista, cuyos asuntos y personajes fueron tomados de la realidad. Y esto, aunque resulte curioso, no es en absoluto regocijante. Dickens pintó en sus abigarrados y patéticos folletines una honda y peligrosa crisis social. Pero la Inglaterra del periodo de la industrialización, cuando el capitalista luchaba contra la tenaz resistencia de los últimos y poderosos bastiones feudales, sorteó una revolución sangrienta gracias a la habilidad de sus políticos —no exentos, como la mayoría de los nuestros, de una aguda sensibilidad social— y gracias también, lo que no es el caso peruano, a la contribución colonial que aligeró las cargas del hombre británico. La ebullición levantisca del siglo XIX inglés fue conjurada a tiempo: esos mendigos, esos niños abandonados, esos desechos humanos, ese aluvión urbano hambriento y resentido, fue asimilado por la sociedad en un movimiento de sorprendente reacción.

¿No son estas criaturas que en Lima piden limosna por vicio, por negocio, por simple deformación, verdaderas parvadas de delincuentes futuros? ¿No son ellos producto del caldo de cultivo que, de suyo, es nuestra desastrosa organización, en la que, además de la miseria, reina el torcido ejemplo de la ambición lucrativa de los poderosos? ¿No se alimentan tales almas tiernas con la lección diaria de la indiferencia pública, que debiendo ser amorosa se torna despiadada en la persecución, inapelable en el castigo sórdido, en la exaltación de la pena capital? ¿Qué leen en los periódicos, qué escuchan por las radios, qué ven en los cines, qué aprenden en las turbias revistas, que recogen de la conduc-

ta de los mayores? Nuestros médicos, nuestros sociólogos, nuestros pedagogos, lo viene diciendo: la proliferación de niños mendigos, de delinquentes infantiles, de menores vagabundos, no es otra cosa que la floración característica de un terreno social abonado para el efecto, de una atmósfera propicia para toda clase de desastres morales, de un medio que posee todas las condiciones para el nacimiento y desarrollo del mal.

Los lectores de nuestro diario habrán leído horrorizados la historia da ese “pájaro-frutero” apodado “Mapy”. A los doce años de edad, este chico es ladrón, chavetero, proxeneta, homosexual y, sobre todo, caudillo de una pandilla que, en El Porvenir (ése inmenso, imperdonable, invernadero del crimen), domina los círculos del hampa como si se tratara de una reyecía autónoma. Nada puede la policía contra él o sus émulo, pues “Mapy” —y, por cierto, todos los “Mapys” presentes y futuros— no es responsable de sus actos. La gran responsable de que esos niños existan y que sean, además, irrecuperables, es la sociedad que los lanzó a la calle, que por omisión los obligó a usar de armas para su propia defensa, para procurarse el pan, para ganar un desahogo en la vida. No tuvieron hogar y no supo la comunidad procurárselos. Y lo que es peor, no lo tendrán los de mañana porque ni una sola acción ha sido seriamente emprendida por el Estado —cuya obligación, señalada imperiosamente por el mandato constitucional, es velar por la niñez— para cubrir ese peligroso vacío.

Los niños que nos tienden la mano en pos de unos centavos, en la calle —estén organizados o no, sean o no comerciantes de la mendicidad—, son, ante todo, niños. Uno no puede, si tiene corazón, pararse a reflexionar sí, al extender una moneda, da dinero a una “cooperativa” o a un ser que tiene hambre, que carece de padres, que vive en una choza, que no va al colegio, que padece de frío... Tornarse indiferente no es la solución. Quizá la solución sea movilizar a la sociedad haciéndola tomar conciencia de su deber —y de su culpa—, pero, antes que nada, reclamar del Estado una acción positiva, antes que ese depósito de miseria, resentimiento y amoralidad estalle como una inmensa bomba. Que haya ocurrido, en otros sitios —como lo deducimos por el gran testimonio de Dickens, por ejemplo— es prueba de que el hombre es capaz de ver más allá de su propio y egoísta presente, de sus exclusivos intereses, y darse a los demás humanitaria, cristianamente.

Publicado en *La Prensa*, 5 de julio de 1958, p. 8.

Niños, trabajo y porvenir

Alguna vez el cronista ha hecho alusión al problema que en Lima constituye la proliferación callejera de niños que ofrecen, como un medio de vida, diversos servicios, entre los cuales son característicos los lustrabotas, esas réplicas criollas de los *suscía* italianos que el cine neorrealista hizo, en una cinta memorable, sus héroes. Para los dueños de bares, cafés, restaurantes y otros establecimientos públicos, la presencia de estas criaturas es, al parecer, detestable, y la práctica que siguen con ellos es la de la persecución implacable. Si un parroquiano está tentado en uno de aquellos lugares y se acerca a él un lustrabotas y el parroquiano acepta el trabajo que aquél le ofrece, no tarda en aparecer un mozo que, por orden del administrador o del propietario, obliga al pequeño a retirarse. De grado o fuerza, la criatura debe abandonar su tarea. ¿Cuáles son las razones que impulsan a los dueños de dichos locales a actuar así con esos niños que se procuran el sustento por una vía honrada, en una labor que no deja de ser dura y penosa? Tal vez la elegancia de su establecimiento, tal vez lo que suponen la tranquilidad de su clientela, tal vez la higiene que creen ver campear en sus predios. En lo único en que no piensan es en el drama social que implica la existencia de una humanidad que en la edad de los juegos se ve prematuramente obligada a ganarse el pan con el sudor de su frente.

Para los miopes, para los que creen que vivimos en el mejor de los mundos porque individualmente han llegado a su ideal de vida, o están en camino de alcanzarlo, la existencia de estos niños-paria no es otra cosa que un problema policial, o un problema correccional, en el mejor de los casos. Sin embargo, se trata de otra cosa. Una infancia vagabunda, callejera, que no va a la escuela —que no se prepara, por ende, para una adultez útil—, que está, en una palabra, dejada de la mano de Dios,

porque está dejada de las manos de la sociedad, no representa nunca una cuestión que la resuelven campañas de arrestos y sanciones. Algo quebrado, y gravemente quebrado, hay en una comunidad cuando los niños no son niños, cuando la infancia, que es conducta gratuita, termina en el momento en que el chico es hábil para desempeñar un quehacer remunerable. Pero algo más grave aún sucede en el pueblo que así desampara a sus hombres de mañana sí, además de permitir que la edad dorada se interrumpa cruelmente, se impide también que esos impúberes desempeñen el oficio gracias al cual contribuyen con una humilde suma de dinero al precario presupuesto familiar, y esto es lo que sucede aquí. Cualquiera de los lectores puede realizar por su cuenta una encuesta cuyas conclusiones son pavorosas: cada vez que uno de esos chicos lustrabotas se aproxime para brindarle su trabajo —o cuando se encuentra ante esos pequeños comerciantes de hojitas de afeitarse, loterías o ápicos— pregúntele dónde vive, cuántos son en su familia, con qué cuentan en su casa para el sostenimiento, etc.

Entonces, el lector podrá tener un panorama de esa realidad que la ciudad, en su multiplicidad y fárrago, oculta. Y aunque no faltan espíritus sensibles, o caritativos, o filantrópicos, que están empeñados en la cruzada de llevar el bienestar a la gente que vive y padece en ese trasmundo de miseria, la solución tiene evidentemente que ser otra. Quizá, para evitar que, como una bola de nieve que se incrementa conforme transcurre, el problema sea mayor cada día es preciso adecuar la organización escolar a la situación real, haciendo programas en los que la infancia, no se mida con la amplitud de términos temporales con que hasta hoy se ha medido y en los que, además, se proporcionen al educando los instrumentos necesarios para ser adulto antes de que llegue la adultez. Esto, y también la reglamentación del trabajo infantil con un criterio realista: obligando, por ejemplo, a los propietarios de bares y cafés a tener a su servicio —lo que no incomodará a nadie— dos o más chicos lustrabotas, tal como sucede en otras ciudades de Europa y América. Los pedagogos, los sociólogos, los legisladores tienen la palabra.

No hay que olvidar que si un niño trabaja y se le impide el trabajo —tal como lo hacen los encallecidos dueños de establecimientos públicos— no se hace otra cosa que empujarlo al delito, pues el rechazo de lo que es lícito equivale a una mala lección cuyas consecuencias en un alma tierna pueden ser con los años socialmente trágicas.

Publicado en *La Prensa*, 17 de junio de 1958, p. 8.

La juventud, triste pronóstico

Hasta el escritorio del cronista están llegando numerosas cartas de lectores que, de un modo u otro, expresan su inquietud por el desquiciamiento de la juventud, problema del cual, a raíz de recientes sucesos callejeros, él y otros articulistas se han venido ocupando últimamente. Es la correspondencia el mejor testimonio que un periodista tiene de que un tema cualquiera toca el interés de su público, y en el caso aludido la cantidad es manifestación de la importancia que en la opinión general ha adquirido la crisis juvenil del momento. Es cierto que hay quienes sostienen, con razones más o menos serias, que la queja adulta contra los excesos de la juventud ha sido siempre, y que el problema de hoy es solamente la versión contemporánea de un problema tan viejo como la humanidad. En verdad, si así fuera no es lógico cruzarse de brazos y resignarse. La antigüedad de los males no los dignifica.

Lo cierto, sin embargo, es que nos encontramos ante la exacerbación de aquellas fuerzas vitales características de la edad transitoria entre la adolescencia y la adultez, cuando el ser comienza a adecuarse a la realidad, y su encaminamiento hacia lo inútil, falso o negativo. El joven —nadie podrá negarlo— siempre ha sido un haz de energías fulminantes, prestas a estallar, pero ahora, como pocas veces antes, ante un horizonte cerrado, sin cauces para darle sentido a la vida, hay menos posibilidades que nunca de que la integración de las fuerzas existenciales y la realidad no sea conflictiva. Ante todo, como la mayoría de quienes han escrito al cronista al respecto, faltan ejemplos dignos de ser imitados. La vida se ha tornado peligrosamente hedonística y los incentivos para emprenderla con fe y entusiasmo son mucho más de carácter material que espiritual. Hace algunos años en estas mismas columnas dijimos que el colegio y la universidad sólo brindan conocimientos abstractos y

que tales enseñanzas anquilosadas bien poco podían atraer a la imaginación de un educando ansioso de hallar un sentido y una meta. Añádase a ello la pobreza del mundo familiar, el auge de la frivolidad, la exaltación del dinero y el poder habidos de cualquier manera, y se tendrá el cuadro patético frente al cual un nuevo hombre tiene que elegir su destino.

El hombre es libre y, como lo ha proclamado la filosofía contemporánea, escoge su camino. No se trata, entonces, de obligar a nadie a ser por la fuerza santo o bueno. La misión de los mayores —padres, educadores, dirigentes— es mostrar a los jóvenes la alternativa y hacerles ver cómo la ruta creadora es la única que justifica la existencia, aunque esa ruta sea dura y sacrificada. Mostrar eso no consiste, por supuesto, en explicar una lección sobre una pizarra, sino evidenciar que la propia vida de los adultos se ha desenvuelto tal como se aconseja a los aprendices a desenvolverla. “Seamos mejores —es la sentencia de San Agustín que recuerda un lector y que encarna bien este concepto educativo— y los tiempos serán mejores”. El mismo corresponsal añade: “La escuela se ha comercializado, el hogar familiar se ha despreocupado por la educación de los hijos, los gobernantes han dado ejemplos desalentadores de corrupción, los políticos sin moral ni sentimientos han dejado estelas de perversión y mentira. Los resultados de este desquiciamiento social los estamos palpando en carne propia en nuestros días... Nuestra juventud frente a todo este caos se encuentra desorientada, indolente, apática. No hay maestros que le sirvan de ejemplos vivos para conducirla por los caminos de la vida en forma, digna y provechosa”. He ahí cómo ve alguien desinteresado el panorama de la juventud peruana.

Sin duda alguna, no hay que rasgarse las vestiduras, pero tampoco cabe encogerse de hombros y afirmar, como quien oculta la cabeza ante la presencia del peligro, que ese “mal de la juventud”, como le llamara un dramaturgo alemán, es eterno. Tal mal es, en último término, el mal de la adultez, de la paternidad, y es ella misma la que debe reaccionar si no aspira a que entre nosotros se establezca el reino concupiscente de la explotación, el lucro, el abuso y la agresión, pues sembrar vientos es cosechar tempestades. Y la tempestad que anuncia una juventud desmoralizada es un triste pronóstico para una nación que apenas comienza a marchar.

Publicado en *La Prensa*, 4 de febrero de 1958, p. 6.

La juventud y el delito

De un tiempo a esta parte se ha desatado en nuestro medio una ola de delincuencia juvenil y sólo en los últimos casos la opinión pública ha comenzado a presumir que, por debajo de los hechos, el fenómeno tiene orígenes más profundos de los que a primera vista parece. Gentes que no llegan a los treinta años, pertenecientes a hogares honorables, instruidos en colegios generalmente caros, inclusive en vísperas de obtener un título profesional, deciden de un momento a otro conseguir la riqueza medio del crimen. No se necesita ser muy zahorí para adivinar más allá de las consideraciones puramente policiales, existe latente en parte de la juventud peruana la convicción de que es el dinero —ganado de cualquier manera y de una sola vez— el que procura la dicha y el que da valor a una existencia. La entrega al trabajo, el esfuerzo tenaz y honrado, el cumplimiento de las duras normas que impone la vida como aventura del espíritu, son consideradas despectivamente y tenidas en general como la aceptación de una servidumbre vergonzosa. El panorama no puede ser más desolador. Conviene pensar que de subsistir una situación así y de no ser corregidos a tiempo los errores educativos por los cuales este nefasto concepto se incuba en las almas tiernas, pronto el delito juvenil asumirá los caracteres de un verdadero drama nacional.

El becerro de oro

Por cierto, está bien que la justicia actúe con rigor contra este tipo de delincuentes. Las circunstancias de ser individuos que no pueden alegar a su favor el desamparo y la ignorancia, que no desconocen la gravedad de sus acciones y la dureza de la ley con respecto a los hechos en los cuales intervienen, constituyen un elemento magnificador de la culpabi-

lidad. Sin embargo, el mal hay que atacarlo en su raíz. Es necesario revisar pacientemente los principios que en el hogar, en la sociedad y en el colegio se aprenden como normas para la vida. Es allí, en estos tres medios, donde el niño recibe la impronta moral que en el futuro ha de ser la regla de su conducta.

A nadie se le puede ocultar que la sociedad peruana —es posible que se trate de un fenómeno universal, pero aquí lo estamos viendo en el plano que directamente nos atañe— se ha adherido ya al cuidado del becerro de oro. Desde pequeño, el niño entra en la complacencia del dinero. Los uniformes escolares señalan, a veces con trazos bien nítidos, las diferencias económicas y sociales. Existe, con el mismo nivel que él, quien puede lucir un vestido elegante y quien tiene que resignarse al burdo traje de pobre. En el aula nadie dice que la sociedad valora a los hombres por su rendimiento y que la capacidad personal es el instrumento gracias al cual cualquiera puede alcanzar un lugar destacado y prominente. La creación de complejos, inhibiciones y resentimientos se realiza desde muy temprano.

Sin el auxilio de una doctrina esencial, sin el estímulo de ejemplos vivos, testigo y víctima de los privilegios que a otros se conceden por la ejecutoria de la riqueza, la gran masa infantil es educada en la nociva idea de que es indispensable ser rico para ser feliz. El rastacuerismo paterno —que sacrifica hasta el alimento para enviar a los hijos a un “buen colegio”, dentro del cual el niño pobre no está en condiciones de emular el lujo y el dispendio de sus condiscípulos— contribuye a abrir en el alma del educando la primera fisura ética.

Placer y juego

En la calle, el niño —y, luego, el joven— no ve otra cosa que exaltación al poder económico. Todo se valora en cifras: el deportista, el profesional, el artista, etc., son elogiados en la medida de sus rentas, del dinero que reciben por su labor. Mas no se dice, en los casos en que ello es evidente, cuáles han sido los largos méritos a través de los cuales la prosperidad económica ha sido obtenida por aquéllos. Las tentaciones del juego —cuyo espejismo consiste en mostrar que un simple vuelco de la fortuna torna a alguien de servidor en señor— lo solicitan a cada instante. Nada impide que acuda al hipódromo, por ejemplo, y que allí pierda, además de dinero, tiempo y energías. Basta verificar la cantidad de escolares que se entregan semanalmente a la tarea de estudiar la “polla” dominical

—poniendo en eso, a vista y paciencia de padres y maestros, más empeño que en sus obligaciones colegiales— para tener una noción de hasta qué extremo el azar se ha convertido en una pasión infantil. El cine y la lectura —las revistas de historietas—, que glorifican el “gangsterismo” y hacen la apología de la vida sensual, de la diversión orgiástica, del abuso y la guerra, ponen su grano de arena en la deformación ética del menor.

Cuando llega la adolescencia, corrompido el espíritu, lo único que busca un individuo así es el triunfo —lo que se entiende equivocadamente como triunfo—, es decir, el éxito, el placer, el ocio, la existencia sin lucha. La consecución de bienes materiales promueve todos los actos de la vida. Si no, para muestra, ahí está el patético culto al automóvil que rinde actualmente un alto porcentaje de nuestra juventud. Todos los jóvenes de la clase media, aún aquellos cuya situación económica está por debajo de la del más alto proletariado, aspiran a poseer un carro como el que los ricos de la misma edad, por imperdonable debilidad de los padres, detentan orgullosamente. Es cosa fácil hallar personas que, apenas pasados los veinte años, viven bajo la amenaza de las deudas, ansiosas únicamente de ser propietarias de un coche de modelo reciente a costa de cualquier sacrificio.

Este es apenas un boceto del estado de nuestra niñez y nuestra juventud. Se está perdiendo el sentido heroico de la existencia —el verdadero sentido heroico—, el cual ha sido reemplazado por una sed insaciable de confort, suntuosidad y hedonismo. Los delincuentes jóvenes son culpables de sus crímenes, pero en ello nos va a todos una gran responsabilidad. Es hora ya de buscar un radical remedio para esos males.

¿Rebelión gratuita o resentimiento?

La sociología contemporánea tiene un tema inquietante: la llamada “rebelión gratuita” de cierta parte de la juventud, su instinto agresivo y destructor. Ese tipo de adolescente —en Estados Unidos llamado *rock and roll*; en Francia, *sac de cuire*; en España, *gamberro*; en Inglaterra, *teddy boy*— que, de pronto, estalla violentamente y se dedica al vandalaje despiadado, está movido por un resorte extraño, de raíces sociales y psicológicas, que es necesario precisar para procurar a los daños que trae consigo una apropiada curación. En Suecia, donde el año pasado, con ocasión de la navidad, varios centenares de muchachones se dedicaron a arrasar sin motivo el centro comercial de Estocolmo, se ha insinuado que la causa de tal explosión puede ser la vida apacible, confortable y monótona de una clase que ha eliminado, por la perfección de su sistema, todo incentivo de lucha personal por un puesto dentro de la comunidad. Tal vez, en el caso citado, el diagnóstico sea correcto, pero entre nosotros, ¿a qué se debe que con un pretexto baladí —las localidades agotadas en el Estadio Nacional con ocasión de un partido de fútbol más o menos interesante—, la multitud juvenil se arroje contra los comercios, los automóviles, y las instalaciones del coliseo de José Díaz para acabar con ellos?

El hecho, para cualquier mente sensata, rebasa los términos de lo policial. No es lógico que se proteste contra la estrechez de las tribunas del estadio —y aun contra el evidentemente imperfecto funcionamiento de las boleterías— atacando la propiedad privada, tratando de borrar por la fuerza los signos de la prosperidad ajena. Sin duda alguna, este delito colectivo requiere una sanción, pero no es menos cierto que aplicada ésta, no quede todavía por descubrir científicamente, yendo al meollo mismo del problema, el mecanismo a que obedece tan brutal reacción. Ojalá no se tome el rábano por las hojas, y las hojas son aquí las culpabi-

lidades individuales, las responsabilidades de aquellos a los cuales la policía pescó con la piedra en la mano, porque debe de haber un común denominador, un aglutinante de esa muchedumbre que, sin previa convocatoria ni consigna, comete tan inesperada e inexplicable tropelía.

Toda conjura al respecto, sin conocer la situación y los antecedentes de cada acusado, puede pecar de arbitraria, pero objetivamente es posible señalar ciertos indicios reveladores del motor profundo del acto juzgado. Ante todo, a estar por la fotografía que nuestro diario publicó ayer con la información sobre los detenidos y la evaluación de los daños causados en la refriega, los jóvenes y niños que la policía apresó pertenecen a lo que un triste eufemismo al uso denomina “clases menos favorecidas por la fortuna”, es decir, a ese sector marginal de la población urbana que parece haber sido dejada por la sociedad, librada a su propio destino, sin claras oportunidades para lograr en la existencia un lugar estable, cuyo presente sea, con el estudio y el trabajo, una promesa de buen porvenir. Funciona en dicha masa lo que Max Sëller ha denominado “resentimiento”, fuerza reprimida, amargura oscura e incierta, que suele expresarse con el enceguecimiento de la desesperación y el odio. El resentimiento —que es cobarde— espera para golpear la debilidad de quien considera su enemigo, se oculta bajo el anónimo multitudinario y ataca todo lo que toma irracionalmente como medida de su fracaso. Contra esta energía, cuya manifestación es directamente proporcional a la ira secretamente acumulada, no son suficientes los castigos y las penas. Ellos son una presión más, y como tal la acrecientan.

A algún instituto universitario debiera encomendársele la investigación de las hondas causas que determinan este fenómeno y de otros que le son concomitantes, como, por ejemplo, la incivil y regular destrucción de las casetas telefónicas, los carteles públicos, las cosas útiles de la convivencia comunal. El caso en el Perú —quién lo duda— es diferente del de Suecia o el de los estados Unidos, pues esa disponibilidad juvenil y popular a la rebelión —que no es lógico llamar gratuita— puede aquí ser pasto del desenfreno de cualquier demagogo, del cual ninguno de nuestros países latinoamericanos —ahí están frescas todavía las lecciones de la Argentina y Bolivia— se halla libre. Hay una terapéutica social: no pedirle los paliativos de un mal semejante es preparar el colapso. Y el colapso, en este orden de cosas, casi siempre significa retraso, caos, naufragio nacional.

Publicado en *La Prensa*, 5 de diciembre de 1957, p. 10.

¿Está el Perú en crisis?

Manuel Ulloa ha publicado en *Caretas* un artículo de tono gonzales-pradiano —“La crisis del Perú” se titula— en el cual hace afirmaciones —que el cronista considera controvertibles— sobre el país, su presente y su destino. Vuelto recientemente a la patria después de algunos largos años de ausencia, Ulloa ha sentido el momento actual como el acto culminante de un drama, del drama peruano, y al parecer convencido de la gravedad del mal íntimo de la nación, ha tratado de señalar lo que a su juicio constituye la raíz de esa dolencia. Pero no es posible dejar de apreciar en dicha nota que el articulista ha reparado del Perú sólo aquello que por su carácter negativo procura el espejismo del retroceso o el estancamiento, y no lo mucho que, menos evidente por menos estrepitoso, transcurre como fuerza poderosa en la vida profunda de nuestra comunidad. Sus palabras vierten amargura y preocupación, poco comunes en los hombres jóvenes de nuestra época, pero también revelan una injusta interpretación de la realidad y ciertas erróneas generalizaciones sobre la actualidad y el porvenir. Mostrarlas, con el ánimo amistoso de quien es amigo y compañero de generación de Ulloa, es el propósito de estas líneas.

No son la crisis económica —y la consecuente crisis política, por supuesto—, ni la ineficaz estructuración estatal del país, ni la caprichosa conformación geográfica del territorio, ni la compleja integración étnica y cultural, ni todas las características trágicas que el Perú afronta como parte de su aventura humana e histórica, las que denuncian el anquilosamiento que advierte Ulloa. Es al espíritu al que atañe, conforme lo expresa, el trance. Y eso lo manifiesta Lima, Lima cuerpo y Lima carácter, que permanece, a su entender, optimista, frívolo y débil, a pesar del conflicto irresuelto que vive el resto de la patria. Mas he aquí la primera falta del análisis de Ulloa. Nuestra ciudad no es otra cosa que el país: lo

representa no únicamente por su condición capital, sino por su esencia de síntesis del ser peruano en el tiempo y en el espacio. Salvo en la clase alta, la colectividad limeña es reconcentrada, profunda y fuerte. Los rumores, las intrigas, las componendas —que para Ulloa son las aberraciones del hombre de aquí— sólo se dan en los círculos de la fugaz politiquería. El interés individual —que según Ulloa carcome las instituciones— no prevalece en la muchedumbre de la clase media y el pueblo, que trabaja, se sacrifica y no está derrotada. Lo anecdótico y circunstancial no rigen el diario vivir, que para esa masa es tenaz esfuerzo y fruto propio y real. ¿Pueblo que se ha rendido ante la inmensidad de la tarea? ¿Qué se ha sensualizado de poder y gloria? Ulloa confunde el país permanente con las camarillas, los grupos, la clase, que hasta hoy nos han dirigido.

Es difícil hacer un análisis —o al menos una relación— de todo lo que, al margen de los gobiernos, hace el auténtico Perú por salir de la encrucijada: técnicos que, en la incuria, tratan de vencer a la tierra; estudiosos que, en la soledad, se enfrentan a los problemas teóricos de la realidad; artistas que, en el desamparo, desbrozan la floresta de la confusión tradicional; médicos, ingenieros, profesores, agricultores, mineros, escritores, industriales, etc., forjan, en silencio y día a día, las bases abisales pero efectivas de un mañana de bienestar y justicia. Lo que Ulloa llama “mediocridad ambiente” es apenas una capa que cubre el rostro del Perú, una máscara que inevitablemente caerá. Deducir una ley de esa impresión es confundir esas dos instancias de la nación que Basadre tan certeramente ha separado: el país oficial, externo, y el país real, profundo. La vida, aunque sus formas estén corruptas e inútiles, no se detiene, y ella es, a la postre, la materia de que están hechos “los cimientos sobre los que tan penosamente —como afirma Ulloa— se ha construido esta nación”. Pero ¿se ha construido o se está construyendo desde hace algo más de un centenar de años? He ahí el error de la perspectiva. Ulloa, como tantos otros, se sitúa para mirar el Perú, en un punto desde el cual es imposible tener una visión objetiva de los problemas. No se puede ver al Perú desde Nueva York, París o Moscú. No se puede ver a América Latina desde el otro confín de la historia. Tanto valdría contemplar a un vacilante niño como el reposado ocaso del anciano culminante.

Atravesamos una suerte de prehistoria, ya que la historia no se define, en una comunidad, por la eficiencia de sus prácticas, usos, costumbres, etc., sino sustancialmente por el estilo de su existencia, por el sello exclusivo que imprime a todo lo que de ella emana, y eso es lo que el Perú

está buscando y, lo que es más alentador, en la obra individual de algunos está apareciendo. Inclusive nuestros defectos contienen el embrión de dicha impronta que, cuando sea madura, florecerá cabalmente. Hablar de crisis total, de retroceso, de muerte, simplemente porque se verifica que el Estado funciona mal, que los dirigentes yerran, que las instituciones se muestran desorganizadas e incompletas, haciendo una patética generalización, es dar visos definitivos a lo pasajero y olvidar que el tiempo prometido es infinito y que, en el hondón bullente de una colectividad, como en el cuerpo de un ser, siempre se elaboran las defensas vitales que lo renovarán cuando la hora sea dada.

Publicado en *La Prensa*, 3 de septiembre de 1958, p. 10.

¿Dónde está la crisis moral?

El caso de la niña de apenas ocho años que se halla encinta, en idénticas condiciones y circunstancias que hace casi cuatro lustros la famosa Lina Medina, ha puesto sobre el tapete de los debates, una vez más, el tema de la crisis moral que afronta nuestro país. La proliferación de los depravados que registra regularmente la crónica policial, los abusos que se cometen contra menores de edad, la degeneración sexual que parece aumentar en proporción alarmante, son síntomas, sin duda, de que algo no marcha bien entre nosotros. Y ante la realidad de estos hechos —que algunos preferirían mantener ocultos, un poco a la manera del avestruz que esconde la cabeza ante el peligro—, ciertas voces se levantan reclamando el más severo de los castigos para quienes son autores de tales crímenes y desmanes. Aplicar sanciones drásticas cuando los delitos son la expresión de un fenómeno social vasto y complejo, no alivia, en verdad, nada. La actitud honrada es ir directamente a la raíz de los males, ahí donde se incuban y desarrollan.

Monseñor Vega Centeno ha dicho a nuestro diario el sábado último lo que muchos peruanos pensamos al respecto: “La miseria material es la causa de la miseria moral”. Se necesita padecer de una miopía irremediable para no ver en nuestra organización social la abrumadora diferencia entre el lujo de unos y la pobreza de las mayorías, y para no atribuir a este abismo de fortuna la mayor parte de las tareas morales que nos aquejan. Ante todo, es evidente que desde hace muchos años se ha desatado entre nosotros una fiebre de lucro y enriquecimiento desmedida, una especie de delirio cuya meta es la obtención de un lugar prominente entre los ricos y los poderosos. Y a este objetivo son sacrificados, en general, muchos valores espirituales. Las clases altas muestran una helada indiferencia hacia los padecimientos del resto, entregadas como

están a la adoración, manifiesta o secreta, del becerro de oro. Las clases medias, de otra parte, vacilantes o inseguras, víctimas de un rastacuerismo cándido, pugnan por abrirse paso a cualquier precio para alcanzar a aquellas, a las que tienen por modelo supremo. En fin, las clases populares contemplan estos ejemplos y tienden, aun inconscientemente, a sobrevivir en la miseria a que han sido condenadas sin ninguna convicción, precisamente porque saben que están olvidadas.

Los casos de violación que ahora determinan un efecto tan aireado de parte de tantos, no son sino parciales testimonios de la crisis moral por la que atraviesa nuestra sociedad. Hay otros cuya enumeración llenaría esta página íntegramente: delincuencia juvenil, prepotencia de los privilegiados, rechazo de las vocaciones sacrificadas, idolatría de los bienes estrictamente materiales (automóvil, diversión, ocio confortable, etc.), culto al éxito fácil, desvergüenza y cinismo frente a las faltas, injusticia en las recompensas, celebración de la picardía individual y, sobre todo, falta de sensibilidad hacia el dolor de los demás. En suma, victoria de esa innoble suerte de mérito nacional que se conoce con el nombre de “viveza criolla”.

Y si quienes, por su formación y puesto dentro de la sociedad, están obligados a dar ejemplo al resto, han trastocado la tabla de valores, ¿qué podemos pedirles a quienes habitan las inmundas barracas de las urbanizaciones clandestinas? Ahí, y en otros puntos de la ciudad y el país entero, está patéticamente expuesta la razón esencial de los horrores que la prensa diariamente nos trae. Pobreza, hacinamiento, promiscuidad, hambre, existencia sin salida, sin horizontes, sin esperanzas: tal es el cuadro de la vida popular. Nadie puede alargar el dedo acusador contra nadie que de allí proceda, porque todos, el cronista desde su máquina de escribir, el banquero desde su escritorio aerodinámico, el gobernante desde su sillón de rector, el educador desde su tribuna pedagógica, etc., no hemos hecho nada todavía por llevar hasta esa masa desvalida el bienestar, y no como caridad voluntaria, sino como deber social, como obligación para con el hombre mismo, cuya dignidad ha sido rebajada. Pedir penas es cubrir con carmín las mejillas de un enfermo y decir que está sano. Se impone otro tipo de remedio, una cruzada nacional para reformar la estructura de nuestra sociedad antes de que estalle violentamente. Porque la bondad y la dicha nunca han provenido sino de la equitativa y justiciera distribución de lo que hace buenos y dichosos a todos.

Publicado en *La Prensa*, 19 de noviembre de 1957, p. 8.

La autoridad contra la realidad

Hay problemas a los que la represión policial, lejos de solucionarlos, suele hacer más patentes y graves. La realidad no acepta disimulos y toda artimaña para colorear de rosa las mejillas del enfermo es, no solamente pueril, sino, lo que es peor, nociva para la salud profunda de quien padece el mal, en ciertas ocasiones el cuerpo social mismo. Tal el caso de los vendedores ambulantes que pululan durante todo el año en sectores comerciales de la ciudad y que se multiplican, merced al incremento de la demanda, en las fiestas de diciembre. De nada sirve organizar batidas contra ese hormigueante mercado de muchachos desocupados —y he ahí la clave del problema: la desocupación— con el fin de desterrar la proliferación de estos días, pues su origen no es fortuito ni caprichoso. Se trata, sin duda, de una forma de la mendicidad y la mendicidad es flor de las crisis económicas, de las situaciones falentes de un pueblo. Nadie, salvo casos muy excepcionales, quiere ser pordiosero y vivir extendiendo la mano en las calles, expuesto a la conmiseración pública, pero también al desprecio y la humillación. Nadie tampoco prefiere vender cualquier chuchería, cuya utilidad es insignificante, si puede ganar un salario digno y regular en un empleo, un oficio o una actividad decorosa.

Y como la realidad no admite disimulos, las autoridades conscientes deben asumirla: si por falta de ocupación cientos —si no miles— de jóvenes deciden ganarse unos soles para su sustento como vendedores ambulantes, es preciso encausar esa fuente de trabajo dentro de normas y disposiciones netas, aceptando que la situación efectiva provoca ese fenómeno y procurando que su progresivo aumento no provoque el desorden o el caos. Y ello como medida provisional, en tanto se investiga la falla en la raíz de los hechos anómalos y se da la solución adecuada al

defecto esencial. Claro que a los ojos que no están cegados por el éxito aparente de una política determinada, a los ojos de quienes anteponen los intereses de la comunidad a los de las teorías financieras que cultivan en provecho de sus particulares intereses; a los ojos, en suma, de aquellos que saben que un país es resultado de un acuerdo, de un plan, de una proyección al futuro, el caso de los vendedores ambulantes es uno de los síntomas del patético subdesarrollo nacional. Este no se combate, por supuesto, persiguiendo a esos centenares de parados que se buscan el pan para sí y para los suyos ofreciendo juguetes, objetos domésticos, baratijas de varia índole, pues al fin siempre reincidirán en ello. A no ser que se hagan, azuzados por el hambre, delincuentes.

Es preferible la infinita multiplicación de los vendedores ambulantes al aumento de las gentes al margen de la ley. Es preferible soportar la grita de los buhoneros de diciembre al incremento de los hurtos, la vagancia, el crimen, alimentados por la desesperación. Es éste un razonamiento sencillo que debían hacerse las autoridades cuyo afán por arrasar mediante la fuerza de la realidad lo que es la realidad monda y lironda, parece un juego un poco absurdo y un poco ingenuo.

Publicado en *El Comercio*, 20 de diciembre de 1959, p. 2.

Los amuehas piden justicia

Un grupo de indígenas amuehas presidido por su cacique ha llegado hasta Lima, desde sus lejanas tierras del Perené, para pedir justicia. El territorio que ocupa esa tribu selvática está a punto de ser invadido por esos inescrupulosos “colonizadores” que mercan con la propiedad de los indefensos, de los olvidados por el centralismo, de los lanzados a la selva virgen por el atropello de usurpadores y autoridades coludidos. Si fuera este el único caso en que los autóctonos padecen el abuso blanco, el problema no sería grave. Pero, por desgracia, los que ahora en un esfuerzo extraordinario emprenden la visita a la capital desde las verdes regiones a las que fueron confinados son una simple muestra de un habitual sistema de explotación que reina en esa zona a la que la mala literatura ha llamado *edén futuro*. No hay tal paraíso si sus dueños sucumben a la insaciable voracidad de los comerciantes de la vida humana y el difícil pan que allá florecen. País descoyuntado el nuestro, en el cual la cabeza limeña apenas si distingue detrás de la cordillera un paisaje generalmente hechizo y de postal, la existencia de los indios selváticos parece ser el de las colonias para la orgullosa metrópoli. Quienes remontan los ríos, cruzan las montañas y descienden a la costa para pedir que no se les arrebate lo que es suyo, son sólo, para el limeño los exóticos visitantes de un mundo lejano. La opinión pública los ve pasar, indiferente, sin otro gesto que el de una curiosidad turística. Sin embargo, esos hombres, esos amuehas, vienen a solicitar amparo para su trabajo, para su hogar, para sus hijos. Un derecho que cualquiera de nosotros, si la justicia falla, haremos respetar inclusive con las armas, tan esencial lo consideramos.

El principio de la integración del indígena a la nación, que constituye el objetivo de una oficina ministerial, no se cumplirá nunca si antes de hablar de educación, cultura, higiene, etc., no se habla de la solución del

problema económico que sobrelleva desde hace siglos. Incorporar a la nación al habitante autóctono es, antes que nada, asegurarle el trabajo de la tierra y defender sus derechos sin resquicios para que no sean violados por aquel que, por apellido, vinculación con el poder, armas y complicidad oficial, cree que todo es suyo. Despojar a los amuehas es un delito que el gobierno debiera castigar, sobreponiéndose a toda ejecutoria individual, a todo influjo de familias o castas, con energía. No tendría la comisión que llega a Lima desde tan distante mundo sino que dirigirse a un organismo (y más justo aún sería que ese organismo funcionara donde ocurre regularmente el abuso) para que esos “colonizadores” que trafican con lo ajeno recibieran la sanción drástica que, de acuerdo a una ley rígida, merecen. Pero la realidad es otra: gestiones y gestiones, papeles y papeles, desprecio y desprecio. El dinosaurio burocrático se devora la justicia, y el crimen (no es otra cosa que crimen) se consume.

Los conformistas que hasta hoy, por rutina o pereza, creen que esto continuará ocurriendo porque ha ocurrido siempre no saben que ahora con los amuehas como ayer con otros casos, un rencor se acumula, y que este sentimiento puede alcanzarlos.

Publicado en *El Comercio*, 21 de agosto de 1961, p. 2.

Fútbol y nacionalismo

Cualquiera que sea el resultado de un partido de fútbol internacional, el duelo o la exaltación de la mayoría sitúan el patriotismo en el desempeño de los jugadores locales. Y he ahí una de las formas de nuestra anómala concepción de patria, estimulada frecuentemente hasta el exceso del fanatismo o hasta el defecto del derrotismo, por la crónica deportiva sensacionalista, la que, además, opera como acomplejante de los propios deportistas. Quienes consideran el deporte como una justa de habilidades y azares se niegan a aceptar que la honra colectiva e histórica de una nación se reduzca a una eventualidad sujeta a diversas circunstancias baladíes, intrascendentes y momentáneas, y tienen razón.

Goles que son nada

No se trata de negar que haya una dignidad patria, sino, por el contrario de elevarla, en el concepto de la masa que se deja encandilar por el escándalo de los grandes titulares periodísticos, de los frívolos terrenos del deporte a los de otros, más altos, del destino plural. Mucho más esencial que perder o ganar el derecho de asistir a un campeonato mundial es, sin duda, depender de poderes extraños a los del país mismo, estar sujeto al carro de un imperio y marchar de acuerdo a la ruta que trace, ceder las riquezas que pueden servir de bienestar social a quienes, compulsivamente, desde el exterior, las codician para sí, y dejar a los más en el subdesarrollo, satisfechos egoístamente los menos con la propia opulencia. Descuidar, buscando razones en la sinrazón, la salud moral de la ciudadanía, sumiéndola en la mentira y la confusión, es llevarla a una derrota real ante el porvenir. Al lado de la crisis que se incubaba en el espíritu mismo de las masas, alienadas por tantos sucedáneos del verdadero nacionalismo, los goles más o menos son una nada.

La promesa peruana

¿Acaso no oímos de boca de ingenieros y obreros una consigna que difama al Estado —que es el país— negándole capacidad para manejar sus propios bienes? ¿No alientan esta estocada articulistas y hasta hombres de pensamiento? Permítaseme decir que esto sí es una “goleada” —para usar los términos más gráficos— contra el Perú. ¿Y los que condenan al hambre a las mayorías, movidas, de una parte, por su interés y, de otra, por razones políticas, acaso no hieren la integridad moral del pueblo haciéndolo víctima de un juego que, a la postre, va a afectar su fe en la nacionalidad? Y esto, desde tribunas de papel de imprenta que impactan la conciencia profundamente. Hay cientos de ejemplos como éstos. Lo sabe el lector. Pues bien, ahí sí que se pone en la picota el honor patrio, que no es un honor vacuo sino el compromiso de cumplir la promesa que Basadre dice que el Perú, al surgir, empeñó al futuro.

Ni llanto ni regocijo

No se niega el deber de los órganos de prensa a destacar todo lo que la popularidad del deporte merece. Pero no es posible olvidar que la gratuidad del juego pide una forma de expresión periodística de acuerdo a ella, que tome los hechos como lo que son, como incidentes en un nivel emotivo y hasta dramático, pero de ningún modo vital para la patria. En un campo de fútbol nunca pasa nada por lo cual haga falta llorar hasta la desesperación con lágrimas o tinta, o regocijarse hasta el punto de creer que el Perú ha solucionado así todos sus problemas y ha cumplido todos sus deberes históricos.

Publicado en *Oiga*, N.º 129, 19 de junio de 1965, p. 30.

La verdad contra la “zona rígida”

En esta misma columna dije hace menos de un mes que la ordenanza municipal que expulsaba a los vendedores ambulantes del sector central de la ciudad y creaba, con bombos y platillos, ciertas fronteras rígidas para las actividades de los pululantes buhoneros, era absurda, y no porque estuviera mal tratar de eliminar las catervas impertinentes de comerciantes de mil y una chucherías que asedian a los transeúntes, sino porque, en el fondo, la proliferación de tales pequeños mercaderes obedecía a una razón socioeconómica fundamental: falta de trabajo, miseria, crisis. Los hechos han demostrado que la autoridad municipal cometió el error de creer que esos hombres, jóvenes y mayores, constituían una plaga a la cual, a semejanza de las langostas, se podía barrer con una acción violenta similar a la de los insecticidas en las plantaciones. Los vendedores han vuelto (los importadores que los abastecen tienen, como ellos mismos, que vivir, detalle que nuestra comuna también olvidó) y, escamoteando a los guardias municipales, ocultando la mercadería bajo el saco, usando varias artimañas propias del ingenio del criollo (¡y del criollo con hambre!), han invadido de nuevo la famosa “zona rígida”.

Soy partidario de que se les deje trabajar libremente en tanto el Estado sea incapaz, pese a sus promesas de “estabilización”, “techo y tierra”, “saneamiento económico” y otras fórmulas al uso, de resolver el problema básico del país: el subdesarrollo. Es síntoma de ese subdesarrollo tanto la existencia de los pobres vendedores ambulantes cuanto la dación de disposiciones que intentan pintar de carmín las mejillas del país anémico y hético. El sistema de represión empleado en este caso, tal vez por amor al ornato y a la buena presencia de la ciudad ante los visitantes extranjeros, se asemeja a aquél que los funcionarios zaristas aplicaban a la buena conciencia de su monarca mostrándole al progreso

de la Santa Rusia en la ficción de unas fachadas de cartón colocadas a prudente distancia de su coche. O a un método usado en una nación de cuyo nombre no quiero acordarme en donde, con oportunidad de una feria anual, la policía encierra a los mendigos en la cárcel o el asilo para que los turistas no se lleven una mala idea de la situación. La ordenanza contra los vendedores ambulantes pertenece al mismo candoroso orden de las siluetas de las falsas ciudades y de la *razzia* de mendigos. Al final, por cierto, se impone, con la influencia que de suyo tiene, la verdad. Y la verdad es, en relación con los comerciantes de baratijas de Lima, que se quieren ganar el pan porque no hay otro modo, en nuestra economía de “cuota de sacrificio” y liberalismo manchesteriano, de ganárselo. Salvo mediante la delincuencia. Es difícil que nuestros concejales quieran que del comercio esos hombres honestos pasen a las filas de los al margen de la ley.

Una actitud racional, más propia de los gobernantes juiciosos y atentos a la realidad, sería la de ordenar un registro de vendedores ambulantes, señalarles jurisdicciones por grupos, tipos de mercadería a expender, derechos y obligaciones de sus abastecedores y de ellos mismos, etc. Vale decir, una legislación adecuada, que permitiera un control de la licitud de esos menudos negocios y una tranquilidad consecuente para los viandantes que se ven ahora, gracias a la prohibición de marras, asaltados por los atemorizados ofertores de cosas domésticas, juguetes y otras especies que no hay necesidad de nombrar. Todos los conocemos. Sin embargo, formulo una profecía. La Municipalidad, para no ser menos que el gobierno central, preferirá no hacer nada.

Publicado en *El Comercio*, 18 de diciembre de 1960, p. 2.

Nuestro déficit de lectura

Bien sabido es que Lima y el Perú entero constituyen muy pobres mercados para el libro, no sólo del que sale de las prensas nacionales, sino aun del que proviene de los grandes centros editoriales de habla hispana: Argentina, Méjico, España. Sin embargo, cada vez que un editor extranjero nos repite esta verificación y nos plantea la intolerable verdad de que proporcionalmente países más pequeños y ciudades menos importantes nos llevan, en cuanto al consumo de textos impresos, una considerable ventaja, es imposible resistirse a la tentación de tratar de explicar el fenómeno de algún modo racional, el cual nos permita arribar a una solución factible. En el Perú se lee poco y no se leen obras de calidad, esa es la realidad.

En primer término, por supuesto, a uno se le ocurre pensar que el alto grado de analfabetos es la causa fundamental de esa grave crisis cultural. Más de un 50% de la población carece del medio indispensable para comunicarse con los libros y ello constituye un déficit abrumador que mientras no sea combatido en forma global y merced a una acción ejecutiva conspirará siempre, y cada vez con mayor gravitación, contra la difusión de los conocimientos inclusive más elementales. En seguida, tomada en cuenta la parte alfabeto de los habitantes de nuestro territorio, hay que descontar en ella del contacto con la palabra impresa a quienes por su lejanía de los centros urbanos y por su aislamiento social están imposibilitados de acceder a cualquier bibliografía. Quedan, entonces, únicamente los habitantes de las zonas urbanas y cercanas a las ciudades —en la mayoría de las cuales sólo excepcionalmente hay librerías— que, aparte de leer y escribir automáticamente, han aprendido a reconocer en sí el apetito intelectual y a satisfacerlo con algo más que cine, radio o televisión.

La mayoría de esta clase de gentes carece desgraciadamente de capacidad de consumo para adquirir con cierta periodicidad un libro para su solaz o su instrucción. Si bien éstos son individuos que aspiran a la cultura (como lo demuestra su afluencia a las bibliotecas populares y la demanda que, pese a la mengua del sistema, absorben las ediciones llamadas de “festival”), su salario no deja margen para un gasto que no es enorme pero que tampoco es insignificante. Entre alimentos y libros no cabe elección si se tiene hambre.

Queda el pequeño grupo de personas poseedoras de una economía que, en diversos grados, permite el desembolso de dinero para el deleite literario o la ilustración cultural. De él salen quienes son clientes de las escasas librerías de Lima y provincias. El resto, no obstante su instrucción secundaria, a veces su título profesional y en bastantes ocasiones el ejercicio de una función que requiere una base de saber, no tiene el hábito de leer porque no se lo han enseñado o porque lo perdió ganado por la facilidad perezosa que representa “matar el tiempo” cuando éste parece sobrar. Las revistas ilustradas, y los digestos, son todo su alimento intelectual, aparte del diario que, precisamente por esta situación, ha de ser entre nosotros el sustituto del libro, su correlato.

Alguien ha dicho que al mundo del libro viene en esta época a reemplazar el mundo de la imagen. Concluye —se dice— el Renacimiento, con el crepúsculo de la imprenta y la aurora engeguecedora de las pantallas panorámicas, el cinerama y la televisión. ¿El problema del déficit de lectores y lecturas en el Perú será manifestación temprana y galopante de ese cambio? Si así fuera —cosa lamentable— iríamos a dar a una nueva expresión sin haber pasado por aquella que dio al hombre todo lo que hoy es su dominio, su grandeza, su fuerza.

Publicado en *El Comercio*, 28 de diciembre de 1960, p. 2.

La educación, un explosivo

Hay quienes atribuyen la situación educativa del país —analfabetismo, escolares sin escuela, falta de maestros, docencia comercializada, universidad sin rentas, y descontento juvenil a causa de todo ello— a un mero defecto de organización o a la proverbial indiferencia de los poderes públicos hacia un problema trascendental de la vida nacional, que empeña así su futuro y frustra las esperanzas que cada generación cifra en la preparación intelectual y profesional de la próxima. Se dice, más o menos, que por carencia de un plan, por el desordenado gobierno de las cosas, por la entrega a otros aspectos del orden nacional, etc., el Estado posterga u olvida el franco encaramiento del deber de procurar el saber a todos y proporcionar la preparación técnica y científica a los mejores. En resumen, se atribuye este antiguo estigma a males psicológicos de nuestros gobernantes.

Es preciso mirar a fondo en estas aguas turbias. El conocimiento libera al hombre, esclarece su conciencia, solidifica su espíritu, forma su voluntad y despierta su inteligencia. Más escuelas, mejores universidades, más eficaz y completa enseñanza en todos los niveles, enciende en las mayorías esa fuerza de superación que es signo visible de la libertad. El oscurantismo, la superstición, las ideas anquilosadas, los ídolos impuestos como dioses omnipotentes, son como drogas. Remachan las cadenas del espíritu y hacen del ser humano un animal torpe, que se mueve en el estrecho horizonte de la fatalidad. En los libros está la chispa que desata el incendio del bosque, y el libro, más poderoso cuanto más hondo es su contenido, cuando más profundamente cala en la verdad develando la mentira, constituye una suerte de arma silenciosa pero renovadora del universo. A los libros se deben las grandes transformaciones del mundo: los filósofos griegos, el Evangelio, Copérnico, la *Enciclopedia*, el iluminismo, Marx, Thoreau, Ghandi, Einstein, etc., desencadenaron grandes revoluciones. Los hombres que pusieron esos explosivos históricos usaron la palabra escrita y rara vez intervinieron en la acción misma. Fueron las escuelas, las bibliotecas, las cátedras, los periódicos, los libros, los escenarios, la educación, en una palabra, los que llevaron esta pólvora libertaria a las masas alzadas en pos de libertad y justicia.

Los pensadores volaron esos fetiches que quienes usufructuaban de la situación injusta habían colocado en el ara de las reverencias irracionales.

En la base de ese supuesto descuido de los gobernantes peruanos hacia la educación (que alguna vez trataron de ocultar tras el monumentalismo de la edificación escolar) está el propósito —no sé si consciente o inconsciente— de mantener a las masas en la ignorancia. Miles de alumnos sin aulas, cientos de pueblos y ciudades sin bibliotecas ni librerías, decenas de centros de educación superior sin medios de enseñanza, no son un simple azar, ni se explican por la negligencia peculiar de la llamada clase dirigente. En la raíz de este mal está la conspiración oligárquica contra el pueblo trabajador. El lema es: que se eduquen los de nuestra casta y los que aspiran a ser de nuestra casta. Para el resto, en consecuencia, la idolatría ciega a las normas que el sistema ha impuesto como invariables y fatales. No habrá, así las cosas, reforma total de la educación, por más que los pedagogos conscientes intenten afanosamente romper la estructura en la que se sustenta este plan de dominio de unos cuantos sobre la mayoría. Y, como es lógico, la estructura o superestructura educativa del feudalismo y el capitalismo peruanos reposa en la estructura socioeconómica. Es a ésta a la que hay que atacar rotundamente, sin vacilaciones. La cultura es el petardo que más teme la oligarquía. Su ingrediente es la verdad que, paso a paso, con dificultades y fracasos, ha movido la marcha ascendente de las mayorías hacia el poder, desde el cual ellas establecen la paz, el bienestar, el progreso general.

Por eso los voceros oligárquicos extienden el principio del “libre comercio” al campo de la educación y temen la intervención del Estado en este aspecto de la organización nacional. Como complemento, difunden la *kirtch* o falsa cultura de masas (la novela radio-teatral, el frívolo programa de televisión, el juego de envite, la prensa amarilla, el libro rosa, la historieta y toda la inmundicia impresa industrializada) que contribuye a oscurecer la mente, matar la imaginación, resignar al siervo, sensualizar su alma para distraerlo de los grandes móviles de la existencia humana. No se dude: el Perú popular ha sido condenado a la ignorancia porque la ignorancia es la atadura gracias a la cual un grupo insaciable lo explota para su placer y su ilimitado enriquecimiento. Ha llegado, sin embargo, la hora de la rebelión contra esta conspiración, pues la revolución —es decir, la inteligencia que obra— ya ha comenzado en América.

Publicado en *Libertad*, 28 de junio de 1961, p. 5.

Usted la mató

Póngase en el caso de un maestro o una maestra. Entre usted a ese “hecho” de Odría que se llama Ministerio de Educación Pública e intente conseguir un traslado, un empréstito, un beneficio indispensable cualquiera. No es lo mismo, señor, que ir al club Villa, o al club Nacional, y tomarse un whisky en las horas libres (que casi siempre, para usted, son más que las ocupadas) y luego comerse un lomo *a la Chateaubriand*, rociado con vino francés. Muy distinto a su cotidiano ocio es pugnar entre mil desesperados ante una ventanilla tras la cual el burócrata —otro desesperado más— tiene el gesto adusto, la camisa sucia, el bolsillo vacío y un inmenso deseo de mandar todo al diablo. “¡Que se lo coman todo y acabemos”, debe pensar ese pobre profesor, o esa desdichada profesora, y también el empleado, los dos con verso de Vallejo. Bien, pero bien diferente, señor, es requerir unos cuantos soles (unos pocos, los que cuesta el lomo con salsa de setas, el *rosée* y su traje de casimir inglés, se lo aseguro) e ir por ellos hasta el edificio babilónico del general Mendoza, si se está enfermo, se tiene deudas perentorias, o se está a punto del desahucio.

Unos cuantos soles que ese servidor del Estado en las filas del magisterio pide a una mutualista ejerciendo un derecho, puesto que su trabajo es un capital y una garantía, y que no consigue porque es preciso poseer habilidad para moverse con éxito en la floresta de escritorios, amanuenses, auxiliares, subjefes y jefes que rigen la educación pública desde la inútil torre del Parque Universitario. Mil soles es una cifra muy grande en el bolsillo de un modesto instructor de los niños de la patria. Es probable que menos de la mitad sea para él una fortuna... Es decir, su aperitivo, su almuerzo y su *pousse-café*, señor, en su club con lámparas venecianas, alfombras persas, confortables ingleses y comedor parisiense.

Nada. Las puertas se cierran, la enfermedad avanza, los acreedores amenazan, el desalojo está a punto de producirse despiadadamente. ¿Qué hacer? ¿Se puede poner usted en ese caso? ¿Tiene usted la suficiente imaginación? Si no lo han embotado su egoísmo, su vida sensualizada, su materialismo, haga un esfuerzo y propóngase aquello que los psicólogos han llamado “situación límite”.

La maestra que hace unos días fracasó en sus infructuosas gestiones para conseguir, asediada por la miseria, un traslado o un préstamo decidió terminar de una vez por todas. “¡Que se lo coman todo y acabemos!” Y se arrojó del séptimo piso del “hecho” de Odría para segar su vida. Señor, no todos optan por esa vía ante la alternativa. Hay otros que deciden que no se lo coman todo, que deciden acabar con el enemigo. Y tal como van las cosas en este país, gracias al sistema que a usted le permite beber y comer en sus largas horas libres y a otros los acogota hasta el ahogo, son cada día más, miles de miles, y tal vez millones, quienes prefieren alinearse en la revolución. ¡En la revolución, sí señor, que consiste en cambiar esta continua, invariable, profunda injusticia, en una luminosa, definitiva y serena justicia!

Porque si usted es cristiano —que no lo es, aunque vaya o misa y dé su limosnita y le haya alegrado mucho la canonización de Martín de Porras— comprenderá que no es posible que una maestra —una trabajadora— no pueda, tener lo que necesita y que usted, en cambio, además de lo que necesita, tenga para derrochar como un pródigo, es decir, como un loco.

Póngase en el caso de la maestra que se suicidó hace unos días porque necesitaba unos cuantos soles, señor. Y piense. Usted la mató.

La guerra de las jugueterías

Tal vez la más maravillosa de las artes sea el juego. Son los niños en ello los mejores, los más completos creadores, porque para que los mayores se decidan a jugar —y es tan raro un acto así de libertad, de poesía viva— es preciso que se desprendan de infinitas convenciones, pudores y resistencias íntimas y sociales. El niño, en cambio, aun solo, inventa el juego y sus instrumentos, los fabrica con lo que tiene a la mano, porque son los adultos los que han puesto en circulación el juguete industrial. Y la producción, en este ramo, ha alcanzado una perfección abrumadora. Entrar a una juguetería, para cualquiera que conserve más o menos intacta la inocencia primordial, es ingresar a un mundo encantado, a tal punto que un alto porcentaje de las cosas que ahí se venden parecen haber sido hechas más para el regocijo de los padres que para el de sus hijos. Es clásica la imagen del hombre que se dedica a entrenarse con el trencito eléctrico ante la vista estupefacta de sus niños, a los que no se permite el acceso a los complejos mecanismos del remedo ferroviario.

Habría que hacer una clasificación de los juguetes, porque los hay abstractos, humorísticos, pedagógicos, intelectuales, mecánicos, etc. Y en ellos un género al cual el cronista quiere llegar: los juguetes bélicos. Son, además, los que más seducen la fantasía de los infantes, los que provocan en ellos una reacción más entusiasta. Nuestra época los ha consagrado como los reyes de la juguetería. Se dirá acertadamente que siempre los hubo, que en los museos se conservan, por ejemplo, las pequeñas naves agresivas que los vikingos daban a sus herederos para habituarlos a la vocación ferozmente conquistadora de aquel pueblo. Pero no podrá negarse, sin embargo, que es este tiempo el que con mayor empeño se ha propuesto iniciar, a los que comienzan a adaptarse al mundo, en la práctica de la guerra, que es la práctica de la muerte. Es un

modo, es verdad, de adecuar las almas al espíritu del siglo, a su signo. Los hijos de los franceses que decapitaron a los Capetos recibían como aguinaldo amoroso el símbolo de aquella era: reproducciones fidedignas de la guillotina, y seguramente era el dedo anular de aquellos chicos el que en la ficción lúdica representaba al ajusticiado en el momento de recibir el golpe de la revolucionaria cuchilla.

Tanques, revólveres, portaviones, ametralladoras, cohetes, etc., todo el repertorio de la agresión está allí, en los escaparates de las jugueterías de Lima y París, de Nueva York y Moscú, mezclados durante este mes de diciembre a los pacíficos adornos de la Navidad, pinos y escarcha, establos e imágenes sagradas, Noeles y estrellas. ¡Y qué bien funcionan! Tomar un cañoncito antiaéreo y apretar su gatillo es desear ardientemente que surque el cielo del establecimiento para abatirlo un raudo avión enemigo. Si el adulto asume esta actitud, cómo no la han de experimentar quienes poseen la imaginación tan presta a ver encantamientos y alucinaciones al más insignificante de los estímulos mágicos. El juego de la guerra se ha perfeccionado técnicamente tanto como la propia guerra y, al mismo tiempo, ha ido desplazando a los otros entretenimientos, a los que no postulan la destrucción, sino, por el contrario, avivan los sentimientos fraternales, edificantes y constructivos que se hallan en germen en el ánimo infantil. Esto es grave.

El juguete más antiguo, más ilustre y noble, es el antropomorfo. No hay cultura, por elemental y primaria que sea, que no exhiba entre sus creaciones la muñeca. La tuvieron también nuestros antepasados prehispanicos. Ella enseñó a las mujeres a ser mujeres, a ser madres, y a los hombres a considerar la forma humana como la más digna y respetable, es decir, a ser hombres. Inclusive los soldaditos de plomo eran una imagen reducida y elocuente del hombre vivo como tal. Todos hemos defendido alguna vez estos ejércitos de menudos y rígidos amigos como seres existentes, dignos de consideración y amor. Y ya han sido sustituidos por las armas. Un viejo cuento propone la idea de la animación nocturna de las jugueterías, en que todo se mueve, dialoga, entra en cordial relación y actúa libremente. Si ese prodigio sucediera esta noche en cualquier almacén, la anécdota encarnada por los juguetes sería terrible. Sería la guerra, la terrible guerra que se nos viene anunciando y tras la batalla, entre la humareda y los desechos, camparía como victoriosa una sola y tétrica muñeca: la de la muerte.

Publicado en *La Prensa*, 24 de diciembre de 1957, p. 10.

En la realidad y sin mito

La lectura de un artículo de J.E. Eielson —“Poesía y realidad de América”— publicado en un matutino local ha suscitado en el que esto escribe una reflexión sobre el encuentro de América y Europa que tal vez sirva para dejar establecido el pensamiento fundamental de quienes, para usar las mismas palabras que nuestro amigo, “se quedan en casa, realizando un trabajo más directo y concreto sobre la materia, digamos cotidiana, del continente”, en vez de fugar definitivamente, como otros, para tratar de encontrar en el ámbito europeo los instrumentos que le hagan posible, más tarde, pronunciar su palabra dentro de la espiritualidad occidental. Europa, según Eielson, nos concibe en un estado mitológico y nosotros nos empeñamos en mostrarnos con las vestiduras del progreso materialista que ella nos ha proporcionado. En esto radica, a juicio de Eielson, la dificultad del entendimiento.

No encubrimos un crimen

Los que nos hemos quedado en casa no solemos desdeñar aquella idea mitológica sobre nuestra existencia: nos resulta pintoresco y hasta halagadora. Sabemos, en cambio, que hoy el mundo es uno y que el adelanto técnico y social no es una conquista de Occidente como tal sino, ante todo, una victoria del hombre. Sería ridículo y entramada una traición sin nombre que, en homenaje a nuestra condición de “humanidad virginal” nos diéramos al juego de fomentar nuestros rasgos primitivos, a atizar, juntamente con los juegos poéticos que posee toda cultura mágica, las miserias de una organización a la cual no han llegado los principios liberadores que hacen de todo hombre, cualquiera que fuere, su condición, una entidad libre, con derecho a la vida y el bienestar. En pocas palabras, nos negamos a admitir que por consideración al prestigio legendario sobreviva la barbarie.

De ahí que rechacemos la idea del intelectual puro, del individuo solitario y satisfecho que se entrega a su obra divorciado de la realidad burda de todos los días. Tenemos que vivir en el barro de la existencia

común, metiendo la mano en él sin temor a mezclar nuestros sueños con la sustancia viva y caliente que constituye la vigilia terrestre.

No consideramos ofensivo que alguien afirme de un literato que “tiene más ideas políticas que otra cosa” —como se ha dicho del que esto firma, como crítica a sus afanes en pro de un compromiso más efectivo con la comunidad—, porque escribir bellos poemas o pintar delicados cuadros sin sentirse desgarrado ante la injusticia, el despojo, el hambre, o la persecución dictatorial, y proponerse dar algo de sí para desterrarlos, es hacerse cómplice o encubridor de un crimen. No interesa la imagen ideal de América si, por detrás del encanto silvestre, está la tramoya de un aparato de explotación y horror.

No somos remotos para nadie

No estamos dados a la tarea de crear una cultura regional, sino primeramente una cultura. El pasado nos lega un cúmulo de rasgos singulares que aún inconscientemente están en nosotros. Las formas espirituales prehispánicas nos pertenecen en la medida en que las sentimos nuestras, y así las comprendemos y amamos. Pero toda idea de restauración es un propósito ilusorio, y pretender que nos presentemos a la cita con Europa recubiertos única y exclusivamente de tales signos es, en el fondo, soñar con la ucronía más ingenua. Tenemos tractores, automóviles, refrigeradoras, *bulldozer*, radios, etc., y nos hacen falta muchos más para elevar el nivel de nuestra vida y hacernos dueños de la inmensa riqueza que hemos heredado: el Perú.

Y el Perú será distinto, no obstante todos esos elementos de la “asfixiante marea materialista”, como la llama Eielson, por que la tierra, el aire, los animales, la naturaleza toda, y la historia que también es naturaleza, lo conformarán de otra manera que a Europa. En el plano de la misma época se realizará el encuentro de los dos mundos, y al fin se desarraigará del pensamiento europeo —y del pensamiento de los americanos que eligieron la evasión en beneficio de una presunta “estabilidad interior”— la idea de que somos un país, una sociedad, un conglomerado humano, remoto en el tiempo y en el espacio, una especie de planeta nacido de la efusión de una nebulosa de recuerdos fabulosos. Estamos construyendo un universo con todo lo que, de dentro y de fuera, como materia y como herramienta, hemos conseguido.

Publicado en *La Prensa*, 23 de enero de 1956, p. 8.